

34ºD.TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO 25,31-46.

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos:

-Cuando venga en su gloria el Hijo del Hombre y todos los ángeles con él se sentará en el trono de su gloria y serán reunidas ante él todas las naciones.

El separará a unos de otros, como un pastor separa las ovejas de las cabras.

Y pondrá las ovejas a su derecha y las cabras a su izquierda.

Entonces dirá el rey a los de su derecha:

-Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo.

Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme.

Entonces los justos le contestarán:

-Señor, ¿cuándo te vimos con hambre y te alimentamos, o con sed y te dimos de beber? ¿cuándo te vimos forastero y te hospedamos, o desnudo y te vestimos? ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?

Y el rey les dirá:

-Os aseguro que cada vez que lo hicisteis con uno de éstos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis.

Y entonces dirá a los de su izquierda:

-Apartaos de mí, malditos; id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles.

Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, fui forastero y no me hospedasteis, estuve desnudo y no me vestisteis, enfermo y en la cárcel y no me visitasteis.

Entonces también éstos contestarán:

-Señor, ¿cuándo te vimos con hambre o con sed, o forastero o desnudo, o enfermo o en la cárcel y no te asistimos?

Y él replicará:

-Os aseguré que cada vez que no lo hicisteis con uno de éstos. los humildes, tampoco lo hicisteis conmigo.

Y éstos irán al castigo eterno y los justos a la vida eterna.

CONSTRUYENDO AMOR

En este último domingo del año litúrgico celebramos la solemnidad de **«Cristo Rey del Universo»**. La suya es una **«majestad de guía»** y también una majestad que al final de los tiempos se afirmará como **«juicio»**. Tenemos delante de nosotros a Cristo como **«rey, pastor y juez»**, Él es nuestro Todo, el centro y eje de nuestra vida.

Hoy Jesús nos presenta los **«criterios»** de pertenencia al Reino de Dios y lo hace invitándonos a **«mirar nuestra historia desde su final»**, ese momento en que todos y cada uno de nosotros nos encontraremos **«en completa desnudez»** con nosotros mismos y con nuestras obras. Una situación no para temerla sino para que, fijando la vista en ella, **«nos ilumine el verdadero sentido de nuestra existencia»**. No se tratará de un juicio al uso, sino de un instante en el que cada uno de nosotros presentará al Señor sus obras, el balance de su historia.

La parábola nos describe la llegada de Jesús como **«juez»** para finiquitar nuestra historia en la tierra. Ser juez significa que Él es el criterio último de toda **«actitud y comportamiento»**. Es importante, pues, tener clara conciencia de que **«lo que hacemos es bueno si respetamos sus criterios y malo si va en contra de esos criterios»**.

El examen será sobre **«el amor»**, aunque en este Evangelio no se pronuncie esa palabra. Jesús lo traduce en **«seis actitudes»** que concretan lo que significa amar. De acuerdo con ellas cada uno de nosotros será declarado justo o rechazado, **«según haya servido a los demás o haya eludido hacerlo»**.

Jesús invitará a los justos, a los que ha colocado a su derecha, a entrar en el Reino. Y ello, únicamente **«por sus obras en favor de sus hermanos»**. Les dirá, según nos dice Jesús en el Evangelio: **«En verdad os digo que cuanto hicisteis a unos de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicisteis»**.

Son palabras que expresan con firmeza hasta qué punto nos llega **«el amor de Dios»**, hasta **«identificarse con nosotros»**, pero no cuando estamos bien, cuando estamos sanos y felices, sino cuando estamos mal, **«cuando estamos necesitados»**. Y de este modo escondido **«Él se deja encontrar»**, **«nos tiende la mano como un mendigo»**.

Así Jesús nos revela el criterio decisivo de su juicio, es decir, **«el amor concreto por el prójimo en dificultad»**. Y así se nos revela el poder del amor, el reinado de Dios, solidario con quien sufre para suscitar por todas partes **«comportamientos y obras de misericordia»**. Lo esencial de la vida cristiana, tal como Jesús nos lo expresa hoy, es **«practicar el amor concreto a los hambrientos y sedientos, a los forasteros, a los desnudos, a los enfermos, a los presos»**.



"Estoy agradecida de recibir el premio (Nobel) en nombre de los hambrientos, los desnudos, los que no tienen hogar, los inválidos, los ciegos, los leprosos, todas esas personas que no se sienten queridas"

La Santa Madre Teresa de Calcuta apostilla algunas de estas situaciones a la hora de practicar en el amor. Ella dice: no solamente se trata de hambre de pan sino **«hambre de amor»**. La desnudez tampoco concierne sólo al vestido sino a la **«falta de dignidad humana»** y a la falta de respeto de unos hacia los otros. Estar sin hogar, por su parte no es sólo no tener casa sino también **«ser**

rechazado o excluido». Esta es la voluntad de Dios. Este es el Reino de Dios que se nos hace presente, un reino que no tiene nada que ver ni con la fuerza, ni con el dinero, ni con el prestigio.

Y los que Jesús ha colocado a su izquierda, son rechazados por **«no haber actuado»**. La indigencia del prójimo no les ha conmovido, no les ha impulsado a ayudarles. Y es que solamente vale lo que cada uno ha hecho y no lo que ha pensado, o creído, o dicho. El peligro de no pertenecer al Reino no nos viene sólo por lo que hacemos mal sino, en gran medida, por lo que **«dejamos de hacer»**.

Jesús recibirá en su Reino a todos los que han **«construido amor»** en este mundo a pesar de cometer errores. Es por ello, que la sabiduría del corazón ha de ser **«salir de sí hacia el hermano»**. A veces nuestro mundo olvida el valor especial del tiempo empleado junto a la cama del enfermo, porque estamos apremiados por la prisa, por el ímpetu del hacer, del producir y nos olvidamos de la dimensión de la **«gratuidad»**, del ocuparse, del hacerse cargo del otro. En el fondo, detrás de esta actitud, con frecuencia, hay una **«fe tibia»**, que ha olvidado aquella palabra del Señor, que dice: **«A mí me lo hicisteis»**.

No tengamos nunca miedo de amar, ni tampoco de mirar nuestro final, porque mirarlo nos ayudará a **«vivir mejor el presente»**. Dios nos ofrece con misericordia y paciencia un tiempo para que aprendamos cada día, **«a reconocerlo en los pobres y en los pequeños»**, para que **«nos comprometamos con el bien»** y **«estemos vigilantes en la oración y en el amor»**. ¡Que así sea!